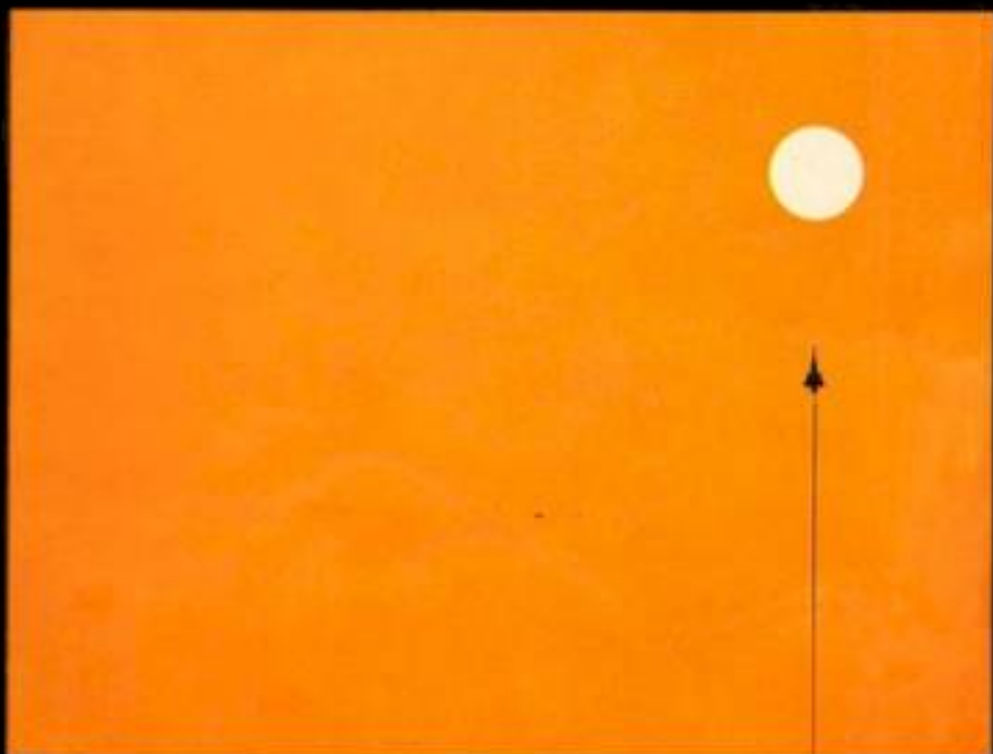


ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



nueva
dimensión 4

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

**REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y
FANTASÍA**

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1968/4

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Antonio Bellomi

Adolfo Buylla

Ramón Cordón

Alfonso Figueras

Luis Gasca

José Luis Garci

PGarcía

Carlos Jiménez

Francisco Lezcano

José Luis Montalbán

Jean G. Muggoch

Octavi Piulats

Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Jordi Prat

Director de relaciones públicas:

Andreu Román Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J. Ackerman

Francia: Jacques Ferron

Inglaterra: Arthur Sellings

Italia: Riccardo Leveghi
Rumanía: Ion Hobana
Uruguay: Marcial Souto Tizón

Delegado en Madrid:
Carlos Buiza

Julio-Agosto 1968. Número 4

nueva dimensión **HOY**

EDITORIAL

¿Por qué leemos ciencia ficción?

SE PIENSA

«The flash» contra Gurdjieff

por Alexandro Jodorowsky

Un héroe en el «lumpen» mexicano

por Luis Gasca

Frankenstein crea su monstruo

por Manuel Rotellar

«Aniara», una ópera espacial

por Berit Sandberg y Luis Vigil

Un comic de otros tiempos: «El universo en guerra»

por Alfonso Figueras

SE DICE

Libros, revistas, cine, teatro, tv, comic, fumetti, discos, autores, fandom, arte, premios

SE ESCRIBE

Lo que opinan los lectores

nueva dimensión MAÑANA

NOVELAS CORTAS

[Chivo expiatorio](#)

por Alan Barclay

[El problema epsilon](#)

por H. W. Mommers y Ernst Vlcek

CUENTOS

[La silla](#)

por O. H. Leslie

[Mío es el reino](#)

por Harrison Denmarck

[La aldea encantada](#)

por A. E. Van Vogt

[El pequeño mundo de Lewis Stillman](#)

por William F. Nolan

[La furia](#)

por Sebastián Martínez

CUENTOS CORTOS

[Crónicas terrícolas/2](#)

por P. García

[... y en sus alas me llevará](#)

por Eduardo Goligorsky

[Movimiento perpetuo](#)

por Ilya Varshavsky

ARTE - POESÍA

[Galería del C.L.A.](#)

ILUSTRACIONES DE

José M.^a Beá

Ramón Escolano

Francisco Lezcano

Vladimir Pablo

M.^a Lluisa Paytubí

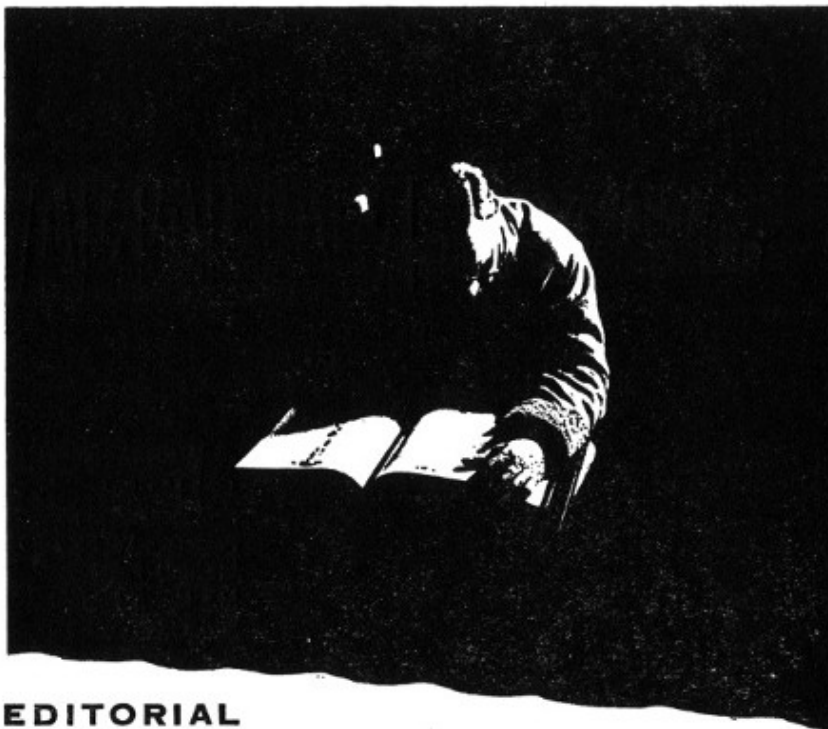
Enric Sió

Enrique Torres

HUMOR DE

El mundo ríe en ciencia ficción

Evening Standard, Lui, True



EDITORIAL

¿Por qué leemos ciencia ficción?

Una parte de la vida humana está compuesta por una sucesión de actos que son más bien el resultado de un hábito que de un expreso deseo volitivo. Por hábito seguimos un horario determinado, realizamos siempre un mismo camino, vamos siempre a los mismos sitios; por hábito también escogemos nuestras distracciones, los espectáculos que queremos ver, los libros que deseamos leer... En el origen de todo ello existe, naturalmente, una razón clara y determinada, que en un cierto momento nos impulsó a ini-

ciar esta costumbre, pero se trata de algo de lo que muchas veces ni siquiera nos acordamos. Y cuando de pronto esta razón surge a la luz; cuando alguien nos pregunta: «¿por qué haces esto?», no sabemos de momento qué contestar, vacilamos, y terminamos respondiendo con un inconcreto «porque me gusta...».

Esta pregunta me la formulé recientemente, a raíz de una conversación con unos amigos. ¿Por qué lees ciencia ficción?, me preguntaron. ¿Por qué te gusta la ciencia ficción? Al principio la pregunta me pareció capciosa; luego, demasiado amplia para limitarla a una sola respuesta. La ciencia ficción abarca muchos campos, dije, las respuestas pueden ser muchas y muy variadas. Pero, añadí casi inmediatamente para mí mismo, en un principio ha de existir un motivo original que sea válido para todos. Y la pregunta siguió rondando por mi cabeza: ¿por qué leemos ciencia ficción?

¿Por qué leemos ciencia ficción? He intentado sondear un poco la opinión de los demás, y he obtenido, directa e indirectamente, respuestas muy distintas. Sin embargo, casi todas ellas se pueden agrupar en dos o tres corrientes distintas. La respuesta más habitual es «la leo por evasión». No deja de ser un buen motivo el de evadirse, aunque sea por unos instantes, de todo lo que nos rodea, de las preocupaciones cotidianas, de la vulgaridad de un mundo que se nos hace demasiado prosaico, del agobiante trabajo que hemos de cumplir cada día, de las noticias de los periódicos, para ir a buscar los mundos maravillosos de la ciencia ficción. Pero, como motivación, el simple hecho de evadirse no cumple todos los requisitos. Sí, la ciencia ficción ha sido calificada desde siempre como literatura escapista, pero examinándolo fríamente cualquier tipo de literatura, por

realista que sea, es también escapista, puesto que nos aparta de la realidad circundante, y tal vez este sea el motivo original por el que la gente, en líneas generales, lea.

Sin embargo, hay que admitir que en torno al concepto de evasión se encuentra precisamente uno de los éxitos principales de la ciencia ficción como literatura. Esta búsqueda constante de un mundo ilusorio que llene aunque sea en forma ficticia y por unos breves momentos nuestras apetencias, es uno de los sentimientos más arraigados en el hombre. Muchos psicólogos lo han definido como «el deseo de lo maravilloso», un deseo común a todos los hombres, y que ha dado origen a todas las historias maravillosas de la historia de la literatura, desde las sagas y leyendas de la antigüedad, pasando por los cuentos de hadas y gnomos, las historias de brujas, dragones, encantadores y magos. Muchos críticos han definido la ciencia ficción (no sin cierta razón) como los «cuentos de hadas de nuestro tiempo», en los que los gnomos y los dragones han sido sustituidos por los marcianos y los monstruos extraterrestres, y las tierras y países fantásticos de antaño han dado paso a los nuevos mundos y galaxias, no menos fantásticos. Hay un encanto especial en el solo hecho de situarnos en un planeta desconocido, enfrentarnos a unos acontecimientos fuera de lo normal, hundirnos en unos hechos que nuestra propia mente irá recreando, lejos de todo lo que nos rodea, de este mundo cotidiano y vulgar que anhelamos olvidar.

Pero incluso en la evasión hay algo más, y ahí está precisamente otro de los motivos más importantes por los que la gente dice leer ciencia ficción. Porque la evasión es un arma de doble filo. Muchos reprochan a los libros de ciencia ficción el no ser más que

adulteraciones más o menos fantaseadas de nuestra propia realidad, con lo cual la tesis del escapismo se viene abajo. Sus planetas, dicen, sus seres extraterrestres, sus monstruos, no son realmente tan extraterrestres como se nos pintan, sino tan sólo transposiciones de nuestro propio mundo, más o menos deformadas o fantaseadas. Esto, reconocen, es la consecuencia de una clara limitación del pensamiento humano: el hombre está demasiado imbuido en la naturaleza, la vida y la ecología terrestres como para ser capaz de crear un mundo completamente distinto al nuestro; y así lo único que sabe hacer es transformar nuestro propio mundo hacia formas más perfectas o monstruosas, según le interese, aunque siempre partiendo de una base clara: la nuestra.

Pero ¿es esto realmente una limitación? ¿O somos nosotros acaso quienes buscamos precisamente esta limitación? Una de las peculiaridades que caracterizan buena parte de la ciencia ficción es precisamente este contraste. A menudo hallamos, en la descripción de planetas que el autor nos sitúa a cientos y cientos de años-luz de nosotros, esquemas biológicos, económicos, políticos, sociológicos, sorprendentemente similares a los nuestros, demasiado a veces como para obedecer a una limitación. ¿Quién nos dice que el autor no ha buscado a propósito esta similitud, que no nos ha llevado lejos de nuestro mundo para apartar momentáneamente nuestro pensamiento de la realidad, pero planteándonos una serie de problemas que indefectiblemente nos hagan volver luego a él, creándonos así una falsa evasión?

Este es precisamente otro de los motivos importantes por los que mucha gente afirma que le gusta leer ciencia ficción: porque lo aparta de nuestro planeta, sí, pero sin alejarle demasiado de él; porque le

permite pensar en nuestros propios problemas, sin hundirle directamente en ellos, presentándoselos como si fuera algo que no le concerniera y dándole después tiempo para pensar. Todas las obras de ciencia ficción responden siempre en último extremo a la cuestión: «esto es lo que podría ocurrir sí...».

A este respecto me han preguntado a menudo cómo puede llegar a gustar la ciencia ficción a la gente, cuando en gran parte es un género más bien deprimente, amargo, desmoralizador, muchas veces derrotista, incluso en algunas ocasiones francamente tendencioso. No existe, dicen, una ciencia ficción optimista, que nos presente un porvenir dichoso. Tan solo, en algunas ocasiones, un leve rayo de esperanza; nada más.

Efectivamente, hay que reconocer que en occidente, tal vez por las especiales características que estructuran nuestra sociedad, estamos muy lejos de la maravillosamente optimista ciencia ficción de los países del bloque oriental, en la que todos los hombres son felices y el mundo marcha sobre ruedas bajo la estupenda batuta del comunismo. Realmente, la ciencia ficción occidental es más bien premonitoria. Pero tal vez sea éste precisamente, por sobre todos los demás, el motivo que en el fondo más nos impulse a leer ciencia ficción. Porque la evasión pura solamente entretiene, y deja después el vacío. Los planetas maravillosos nos apartan de nuestra realidad cotidiana, pero luego nos hunden aún más profundamente en ella.

Creo que, en un primer motivo, ese que he mencionado como común a todos, la gente lee ciencia ficción porque le ofrece una visión clara y realista de cuál puede llegar a ser nuestro futuro, ya sea inmediato o lejano. No importa que sea un futuro deprimente; una de las características de toda literatura es

precisamente la premonición. Lo importante de la ciencia ficción es que nos habla de nuestro futuro, y el hombre ha sentido siempre la tentación de descubrir el velo del tiempo, desde los antiguos oráculos y adivinos hasta los actuales echadores de cartas y videntes. Y tal vez sea éste nuestro más íntimo placer, el que nos obliga a decir, cuando se nos pregunta por qué leemos ciencia ficción, y mientras buscamos en nuestros hábitos hace tiempo adquiridos y ya casi olvidados aquella primera motivación: «pues porque... porque me gusta».

Aunque tal vez los motivos que he expuesto hasta aquí sean tan solo algunos de los motivos generales. Quizá sus motivos, los de usted, sean distintos. Cada persona, cada uno de nosotros, somos un mundo distinto.

Por eso quizás habría que formular la pregunta de un modo distinto. Tal vez habría que preguntar más bien: ¿por qué lee usted ciencia ficción?

LA SILLA

O. H. LESLIE

Desde los orígenes de la historia el hombre ha buscado siempre la comodidad. Pero, ¿hasta qué punto el **dolce far niente** puede ser beneficioso a la humanidad? Desde un ángulo bullicioso y aparentemente despreocupado, este relato nos señala uno de los mayores peligros con que deberá enfrentarse el hombre del futuro: sus propias apetencias de comodidad.

ilustrado por FRANCISCO LEZCANO

Troxell comenzó a pasearse por la oficina con aquella enfermiza y secreta sonrisa y logró interesar, irritar y hasta enfadar a un buen noventa por ciento de sus compañeros de trabajo. Entre los cuales me contaba yo mismo. Sin que hubiese ninguna razón especial para ello, Troxell y yo compartíamos una mesa en la cafetería de la empresa, a pesar de que él estaba en Producción y yo en Contabilidad. Teníamos una de esas amistades superficiales que se encienden y apagan con las luces de la oficina. Cuando le pregunté, a bocajarro, apuntando a su enfermiza cara sonriente, simplemente se encogió de hombros y se dobló sobre su plato, pareciendo aún más satisfecho por el haber sido interrogado.

Luego, un día, sin tenerle que insistir, me miró con ojos luminosos y me lo dijo:

—Me voy a comprar una Silla.

Mis dientes se quedaron hincados en el bocadillo que estaba comiendo. Troxell no me hubiera sorprendido más si me hubiera anunciado su candidatura para Presidente. Después de todo, yo procesaba su salario y conocía su grupo

de emolumentos como si fuera el mío. En realidad era mi mismo grupo.

—¿Estás loco? —dije—. ¿Cómo demonios puedes permitirte una Silla? ¡No se puede conseguir un modelo básico por menos de veinte de los grandes!

—El padre de Eleanor murió —dijo presuntuosamente Troxell—. El viejo fraude, viviendo de una pensión del gobierno durante todos esos años, resulta que tenía su sucia casa llena de calcetines repletos de dinero. Eleanor me dijo que podía comprarme cualquier cosa que desease y no tuve que pensármelo dos veces. ¿No te parece?

—Claro —dije, tragándome el bocadillo y la envidia—. Entonces, es por esto por lo que has estado paseándote por ahí como si fueras un gato de Cheshire.

Lánguidamente, ponía mantequilla sobre una pasta. Podría haberlo matado.

—Tengo una cita con la Compañía Sillera a la una en punto, para ver a un tal Mr. Kerlake. ¿Quieres acompañarme?

—No —dije. ¿Por qué tendría que torturarme yo mismo?

Pero le acompañé. Tenía curiosidad. Me sentía como un niño apretando su nariz contra el escaparate de una tienda de juguetes.

El salón de demostraciones de la Compañía Sillera se hallaba en la Quinta Avenida. No era nada especial. La recepcionista era un lustroso y bello ejemplar del género, y usé mis privilegios de soltero para intercambiar con ella algunos galanteos. Troxell estuvo simplemente sentado en la sala de espera, agitándose nerviosamente.

Entonces llegó Kerlake, un sólido cilindro rosa con apariencia humana, con demasiado carmín en sus gordos moletos. Nos llevó a una larga y estrecha habitación, acercó rodando una proyectora de diapositivas y nos largó la charla de ventas.

Click. Foto de un antiguo dios sentado, precolombino.